

levantase el entredicho que habia puesto en la ciudad. Huía este Santo de todo mando en el orden, y renunció varios obispados, aun el de su patria. Murió en 1287.

Era tambien célebre Fr. Martin de Polonia, que fué penitenciario de varios Papas, y Nicolás III le consagró arzobispo de Guesne: sus paisanos le esperaban con ansia, pero murió en el viaje. Dejó varios escritos, á saber, sermones, la *Perla del decreto*, ó resumen del decreto de Graciano por orden alfabetico, y la *Crónica* de los Papas y de los Emperadores. Dejó tambien muchos Fr. Guillermo Peraldo, entre los cuales merece particular estimacion la *Suma de las virtudes y de los vicios*.

Jaime Voragine entró muy jóven en el orden de Santo Domingo, sobresalió luego en doctrina y piedad fué doctor en teología y predicador de gran fama; y en 1292 fué consagrado arzobispo de Génova. Estaba la ciudad cruelmente dividida por los bandos de los güelfos y gibelinos; mas el sabio y celoso prelado reconcilió todas las familias, estableciendo una admirable paz. Era sumamente compasivo de los pobres, y de costumbres irrepreensibles. Fué el primero que tradujo el viejo y nuevo Testamento en italiano, que poseia perfectamente. Murió en 1298. Dejó una crónica de Génova y de sus obispos, y otros muchos escritos. El principal es la coleccion de vidas de Santos, que logró por el espacio de dos siglos universal aceptacion, y fué llamada *Leyenda de oro*. Es al presente esta obra muy despreciada, porque en realidad contiene varios hechos fabulosos. Ninguno fingió el autor, quien solo añadía con bastante ingenio algunas arengas y adornos, que creyó útiles á la edificacion de los fieles. Y baste la memoria de estos predicadores del primer siglo de la orden.

Al mismo tiempo que Santo Dnmingo fundaba la orden de predicadores, iba estableciendo la de los frailes menores el gran siervo de Dios San Francisco de Asis. Era hijo de un comerciante rico de la ciudad de que tomó el nombre; y aunque entró luego en la carrera del comercio, era mas inclinado á la diversion que al interés; y desde niño daba limosna á cuantos se la pedian por amor de Dios. Al salir de una grave enfermedad dió á un hidalgo pobremente vestido el nuevo que él llevaba, y se puso la vieja ropa del pobre. Llamábale el Señor á ser modelo de la vida cru-

cificada, y de la humildad verdadera con varios sueños y visiones; y comenzó saliendo de su casa, y pasando á vivir en una ermita inmediata á la ciudad con un sacerdote de gran virtud. Buscábase el padre con gran enojo, y escondióse el Santo, pero despues cobrado mas ánimo se dejó ver en Asis con mucha serenidad. Las gentes al verle súcio y andrajoso, le creyeron tocado; y los muchachos le mofaban é insultaban tirándole lodo y piedras. Su padre le buscó luego, le encerró, y le trataba con aspereza para apartarle de su propósito; y cuando perdió las esperanzas de conseguirlo, le llevó delante del obispo, para que renunciase su legitima. El Santo lo hizo con el mayor gusto, y además se quitó el vestido, lo dió á su padre, y con rostro alegre le dijo: «Hasta aquí os llamé Padre en la tierra; pero desde hoy diré con mas confianza: Padre nuestro que estais en los cielos.» El obispo cayéndosele hilo á hilo las lágrimas le abrazó, y sus familiares le vistieron con el pobre capote de un criado.

Desde entonces fueron muy rápidos los progresos del Santo en el camino de la perfeccion. Al salir de la casa del obispo fuése inmediatamente á un desierto á dar gracias á Dios de haberle librado de las cadenas del mundo. Anduvo dos años sirviendo á los leprosos y demas enfermos, viviendo con suma pobreza, y trabajando y pidiendo limosna sin empacho en su misma pátria, con que reparó las iglesias de San Damian y de San Pedro, y despues la pequeña capilla de nuestra Señora de los Angeles ó de la Porciúncula. Allí fué donde oyendo aquellas palabras del Señor á los apóstoles: *No lleveis oro, ni plata, ni dinero en la bolsa, ni alforjas, ni dos vestidos, ni calzado*: creyó que esta era la vida á que Dios le llamaba, y se quitó los zapatos, dejó la alforja y el dinero, quedóse con una sola túnica, y se tomó por ceñidor una soga. Desde entonces comenzó á predicar penitencia con grandísimo fruto. Agregáronsele siete varones de gran virtud; y el Santo habiéndoles instruido y exhortado, dispuso que fuésen por varias provincias, predicando mas que con palabras con voces de obras y con ejemplos de humildad, de pobreza y de paciencia; iban entrando algunos hermanos en esta pobre familia, y el santo escribió la regla. Presentóla á Inocencio III, para que la confirmase; y el Papa movido de un sueño, y observando la maravillosa sencillez, pureza de corazon, firmeza

de ánimo, y ardiente celo del Santo, aprobó la regla de palabra por los años de 1209.

Retiróse Francisco con sus doce primeros discípulos en una cabaña arruinada; y sin mas libro que una cruz de palo se dedicaban incesantemente á la oracion, y se ensayaban á alabar á Dios en todas las criaturas. Pasó luego á la iglesia de la Porciúncula que fué la primera casa de la órden. Desde allí salia á predicar por las ciudades y pueblos inmediatos: sus sermones no eran estudiados, pero sí fervorosos, y sus ojos siempre fijos en el cielo, á donde queria llevar á todos los demás. Los pueblos le veneraban como enviado de Dios, para renovar la perfeccion cristiana: al llegar á una ciudad tocaban las campanas, y salian á recibirle clero y pueblo en procesion. Uniéronsele luego otros doce compañeros: en dos años fundó varios conventos; y en Marzo de 1212 dió principio á la órden de pobres mujeres, ó de Santa Clara. Era la santa de una familia noble y piadosa de Asis, y atraída de la extraordinaria santidad de San Francisco, se puso bajo su direccion. Salióse de su casa una noche, y se fué á la iglesia de la Porciúncula: allí se le cortaron los cabellos, y recibió en el altar el hábito de penitente, quitándose todo adorno. Inmediatamente la acompañó San Francisco á un monasterio de Benedictinas, y despues se estableció en la iglesia de San Damian. Siguió á la Santa una hermana suya, teniendo mucho que sufrir las dos de sus parientes, que al principio tenian aquella resolucion por extravagante capricho, indigno del honor de su familia. Estuvo Clara cuarenta y dos años encerrada en San Damian, y fué siempre grande el número de las compañeras de su vida sumamente pobre, humilde y penitente.

Entretanto la órden de menores se extendia rápidamente por todo el mundo. Dudaba San Francisco si él y sus frailes debian solo dedicarse á la oracion, ó tambien á la predicacion. Consultábalo con los frailes; y sobre todo en sus oraciones, y por medio de las de Santa Clara, y de los frailes y monjas de mas sencillez y fervor, suplicaba á Dios que le hiciese conocer su voluntad. Entendió que era de que trabajasen en la conversion y direccion de las almas; y así en 1216 envió varios frailes á predicar en España, y en varias provincias de Francia, Italia y Alemania. Al mismo

tiempo logró de Su Santidad que la órden tuviese un cardenal protector. El primero fué Hugolino muy apasionado á las nuevas órdenes de predicadores y menores; el cual manifestaba un día á los dos santos patriarcas vivos deseos de que muchos frailes subiesen á las primeras dignidades de la Iglesia, esperando que gobernarían sus rebaños con el celo infatigable, caridad sincera y suma pobreza de los apóstoles, y primeros obispos, sin pensar en mas que en edificar á los pueblos con instrucciones y ejemplos. Opónianse ambos patriarcas, creyendo que sus frailes para ser útiles debian ceñirse á las tareas del instituto sin esperanza de salir de su estado. Pero el cardenal permaneció en su dictamen, y se vieron luego varios religiosos mendicantes elevados á sillas episcopales con gran ventaja de las iglesias. El año de 1219, celebró San Francisco el primer capítulo general de la órden, en que asistieron cinco mil frailes. Algunos desearon que solicitase del Papa un privilegio para predicar en todas partes sin permiso de los obispos. mas el Santo respondió con ardor: ¿Qué es esto hermanos? ¿Cómo no conocéis la voluntad de Dios? Dios quiere que ganemos primero á los prelados con humildad y respeto, y despues á los feligreses con ejemplos y sermones. Cuando los obispos vean que vivís santamente, y que en nada quereis perjudicar su autoridad, ellos mismos os rogarán que trabajéis en la santificacion de sus ovejas.

El Papa dirigió una bula á todos los obispos y superiores eclesiásticos, en que les recomienda los frailes menores como varones apostólicos, y encarga que los reciban favorablemente. Y á mas de la copia de esta bula, dió Francisco cartas suyas á los discípulos, enviándolos á diversos países á predicar. El Santo con doce compañeros, se reservó la mision de la Siria y Egipto. A fines de Agosto del mismo año de 1219 llegó á Damietta, donde perdieron los cristianos una importante batalla. Sin embargo San Francisco con su compañero Fr. Iluminado, se encaminó al campo enemigo, y diciendo que era cristiano rogó que le presentasen al sultan. Preguntóle éste de parte de quien venia, y el Santo dijo: «De parte de Dios altísimo que me envia á declarararte á tí y tu pueblo el camino de la salud. Pero si tú hallas reparo en abrazar la ley de *Jesucristo* y dejar la de Mahoma, manda encender una

grande hoguera: entraré dentro con tus presbíteros ó imanes; y Dios manifestará cuya fé se ha de seguir.» El sultan respondió que no creía que sus imanes quisiesen entrar en el fuego, y el Santo prosiguió. «Entraré, pues, yo solo, con tal que me prometas abrazar la religion cristiana si salgo ileso. Podrá ser que yo sea abrasado: porque mas merecen mis culpas. Pero si Dios me conserva, preciso será que reconozcais que es *Jesucristo* el verdadero Dios, y Salvador de los hombres.» Alababa el sultan el valor de San Francisco: ofreciale preciosos regalos, que el Santo se excusó de admitir; y pasados algunos dias le despidió, diciéndole: *Rogad á Dios que me dé á conocer cual religion es más de su agrado.*

Regresó San Francisco de Egipto en 1220, y tuvo en Asis un capítulo general, en que quitó el Vicariato general á Fr. Elías, porque se habia hecho un hábito menos pobre, y su porte era menos humilde. Era el Santo muy rígido en punto de pobreza, humildad, paciencia, y espíritu de oracion. «No me satisface, decia, que mis frailes sean solícitos en buscar libros, y adquirir ciencias, sino que estén fundados en la santa humildad, sencillez, oracion, y en la pobreza que es nuestra arma. Muchos serán los frailes que perderán estas virtudes con pretexto de trabajar en la edificacion de los fieles; y la inteligencia de la Escritura con que deberian llenarse de luz, devocion, de amor de Dios, les será ocasion de permanecer lánguidos y tibios.» Pero no por esto privaba del estudio de la Escritura á los sabios que entraban en la órden: «Estudien, decia, pero con tal que no dejen de aplicarse á la oracion, como *Jesucristo*, que oraba mucho mas que leia. Estudien, pero no para saber hablar, sino para mejor cumplir con sus deberes.» El año de 1221 siete frailes menores vinieron por mar de Toscana á Tarragona, y de aquí pasaron á Ceuta para trabajar en la conversion de los infieles; mas á pocos dias fueron presos y cargados de cadenas, padecieron grandes injurias y crueles azotes, y últimamente fueron degollados. Son los Santos Daniel, Samuel, Angel, Domulo, Leon, Nicolás, y Hugolino. El mismo año, predicando San Francisco en los pueblos inmediatos á Asis, era tanto el número de gentes que querian abrazar el tenor de vida del Santo, que tuvo que contener el excesivo fervor de algunos, y precaver que se disolviesen matrimonios bien unidos, ó se despoblase el

pais. Aconsejábales que sirviesen á Dios permaneciendo en sus casas; y ofreció darles una regla para adelantar en la virtud, sin dejar sus casas, familias y oficios, y llevar una vida semejante á la de los religiosos. Y este fué el origen de la tercera órden de San Francisco, ó de los frailes de la penitencia. Algun tiempo despues se retiró el Santo en el monte Alverna, y despues de muchos ayunos á pan y agua, y fervorosa oracion escribió la regla que comienza así: *La regla y la vida de los frailes menores es observar el Evangelio, viviendo en la obediencia y castidad, y sin tener nada propio.* Se encarga la pobreza y la privacion de recibir dinero con expresiones muy fuertes. Aprobóla Honorio III en 1223, y concedió indulgencias para los que visitasen la Iglesia de la Porciúncula.

Celebraba el Santo en el monte la cuaresma de la Asuncion de nuestra Señora de 1224, cuando una mañana estando en altísima contemplacion de los misterios de la pasion y muerte de *Jesucristo* vió bajar del cielo una semejanza de Serafin, que tenia seis alas que echaban de sí centellas de gran resplandor; y entre las alas apareció la figura de un hombre que tenia las manos y piés extendidos en cruz, y enclavados con clavos, y el pecho alanceado. Entendió el Santo que era voluntad de Dios transformarle en una imágen viva de *Jesucristo* crucificado. Desapareció la vision, dejando abrasada su alma con amor muy encendido, y en su cuerpo una impresion mas asombrosa. Parecian las manos y los piés traspasados por medio con clavos de la misma carne: las cabezas casi redondas y negras estaban en las palmas de las manos, y en lo alto de los piés; y en la parte contraria estaban las puntas largas, retorcidas y revueltas. Además en el costado derecho tenia una llaga abierta y colorada, por la cual casi siempre le corria sangre. Este gran sacramento no pudo estar escondido; y San Buenaventura y otros muchos escritores de aquel tiempo, y varios sumos pontífices tratan de propósito de tan nuevo y estupendo prodigio. Desde entonces padeció en su cuerpo dolores continuos, especialmente en los últimos meses de su vida. Escribió una carta circular á todos sus religiosos, y su testamento, en el cual encarga mucho el respeto á los sacerdotes, y la sumision, humildad y pobreza. En la carta recomienda con eficacia la veneracion al Santísimo Sacramento

del altar. Exhorta á los sacerdotes á celebrar la misa con suma, pureza de corazón y sin ningun designio ó respeto humano; y manifiesta vivos deseos de que en sus conventos se diga cada día una sola misa, para inspirar el más profundo respeto al Santísimo Sacramento. Cuando conoció el Santo que se acercaba su última hora, para mas despojarse de todo, se echó fuera de la cama en la tierra desnuda; y con el rostro sereno levantado al cielo, comenzó á alabar al Señor porque le sacaba de este destierro. Dió la última bendición á sus hijos: hizo que le leyesen la pasión de Jesucristo según San Juan: dijo despues el salmo 141; y al llegar á aquellas palabras, *Saca, Señor, de prisión á mi alma, para que alabe tu nombre: los justos me esperan, para que me des el premio*, entregó su espíritu á 4 de Octubre de 1226, á los 45 años de edad, y 18 de la fundación de la órden. Despues de su muerte se vieron y examinaron cuidadosamente los clavos milagrosos de sus manos y piés, que eran como unos nervios duros, y de una pieza, de modo que apretándolos por una parte salían mas por la otra. Fueron muchos los milagros que obró Dios en el sepulcro del Santo, y dos años despues de su muerte fué canonizado por Gregorio IX.

XII.

En su lugar y sazón se han referido los hechos que tuvieron lugar en la primera cruzada. Resta, pues, que se haga una breve reseña histórica de las otras siete expediciones de la misma índole, dejando así completo el cuadro de la época que nos ocupa. Y para ello será preciso recordar que en otro sitio dióse una lista cronológica de los reyes de Jerusalem, entre los cuales figuraron Fulco de Anjou y Balduino III. Pues bien, las disensiones entre los cristianos, que hicieron agitado el reinado de aquel, y la debilidad de carácter de este, favorecieron de tal modo á los turcos, ya por entonces inquietos y mal avenidos á resignarse á dejar sin venganza las derrotas de los suyos en tiempo de Godofredo y los dos primeros Balduinos, que decidiéndolos á acometer alguna empresa importante, cayeron sobre Edesa, al mando de Nosedino, y se apoderaron de ella en 1146, llegando á amenazar la misma Jerusalem.

No fué necesario mas que la noticia de este hecho para inflamar el santo celo del pontífice Eugenio III quien se apresuró á decretar la segunda cruzada, predicada por el glorioso San Bernardo. A la voz del Papa y á las celosas exhortaciones del monje, Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania disponense á la noble empresa de pelear por la causa de la civilización y de la cristiandad, y con ellos una multitud de grandes señores; pero comienzan su obra bajo malos auspicios, pues en vez de marchar juntos en busca del enemigo, hacenlo separadamente. Parte primero el alemán con tan desdichada suerte que su ejército quedó deshecho antes de llegar á Nicea, por la falta de víveres y por la perfidia de los guías griegos. No mucho despues salió para el Asia Menor el ejército francés que, remediando en lo posible el desastre padecido por los alemanes, da comienzo á la guerra con éxito vario, venciendo á los turcos primeramente, siendo derrotado luego y llegando por fin con las tropas extenuadas, abatidas de espíritu y considerablemente mermadas, á Jerusalem. Desde allí se dirigieron franceses y alemanes reunidos á poner sitio á Damasco, de cuya importante población se hubiesen apoderado sino hubiera acudido oportunamente en socorro de ella el temible Noredino. Este último contratiempo obligó á los dos soberanos de Francia y Alemania á regresar á sus estados, sin ejército y sin esperanzas de vengar los desastres padecidos, ni de salvar la ciudad Santa.

No se verificó empero la caída de esta tan pronto como era de temer porque trabajaba tambien la división á los turcos; mas habiendo conseguido Saladino, en 1185, usurpar los estados del hijo de Noredino, dedicóse á extender estos á costa de los cristianos, y luego de haber derrotado y hecho prisionero en la batalla de Tiberiades, Guido de Lusignan, último rey de Jerusalem, esta y otras importantes ciudades de Palestina cayeron en poder del vencedor. Recibida tan triste nueva, Gregorio VIII y su sucesor Clemente III adoptaron la única medida que en sus manos estaba para poner remedio al mal y contener los peligros que amenazaban, ordenando una nueva cruzada que predicó Guillermo de Tiro, en 1189, y á cuyo frente se pusieron el emperador Federico I, Felipe Augusto, rey de Francia y el de Inglaterra Ricardo Corazón de León. Bien comenzó esta vez la guerra, pues el ejército